

Aysén de nieve y sangre

DE RENÉ ROJAS
XII REGIÓN, PUNTA ARENAS

PERSONAJES:

Mariana: dueña de casa, 40 años.
Rosalba: hija, 18 años
Lorenzo: esposo, 42 años
Edmundo: forastero
Samuel: Pastor Evangélico, 40 años
Alfredo: agrimensor, unos 26 años
Floridor Candia: carabinero
Ramiro: revolucionario
Raúl: mujer disfrazada

Escenografía y ambiente sumario.

El decorado representa el interior de una primitiva vivienda o cabaña patagónica, de estructura agreste, con tablas elaboradas a mano, burdamente traslapadas. Al fondo, una ventanilla que no entrega luz ni paisaje; sirve para atisbar lo que nunca vendrá. Está nevando. En un rincón, el característico tacho de la zona, que es, simultáneamente, cocina, calentador y hornillo. Encima de él, su inseparable tetera, sobre cuya tapa vuelta descansa un mate. A un costado del tacho, un ordenado acopio de leña picada en trozos. Sobre una mesa medio rústica, Rosalba amasa el sufrido pan de la zona.

El mate es también primer actor en este ambiente. Su papel es de inefable coordinación fraternal entre las naturales asperezas de la provincia y la desconfianza ancestral que imprimen a sus hombres, la soledad y el frío reinantes.

Se dejan ver en escena, distribuidos discretamente por el suelo, aperos chilenos, rendajes, cueros de oveja, quillangos; colgados, una zaranda con quesos, carnes y cholgas ahumadas en ristras. También un costillar de chiporro cuelga de un alambre enganchado de las vigas desnudas de la casa. (Elementos escenográficos de cartón pintado).

Por el lateral izquierdo, una puerta de calle, es decir, de campo. Por el mismo lateral, una ligera cortada dispues-

ta con frazadas o cueros, a manera de biombo, pobre. Dentro de esta eventual cortada, yace la enferma a cuyo costado hace de cortina de entrada un cuero de puma o de zorrino; se alcanza a ver un piso que es velador y asiento a la vez, muy tosco. Se supone que esta cortada se ha concebido para aprovechar la temperatura ambiente que irradia el calentador casero y; también, para escuchar nítidamente las palabras de la enferma. Hay una puerta sin puerta en el lateral derecho, cuyos vanos están igualmente cubiertos con cueros, paso que conduce hacia los camastros del dormitorio familiar.

Todos los protagonistas son chilenos.

Época de los conquistadores firmes de la tierra, en decisiva y porfiada beligerancia contra el monopolio de los campos ejercido de horizonte a horizonte por la sociedad ganadera del Aysén.

No todos los protagonistas reales de esta avanzada fueron aventureros o perseguidos por la policía. También llegaron hombres de empresa, patriotas, ganaderos sin plata, peregrinos, románticos, tumberos, cuatros, asesinos, exploradores, misioneros y algunos desechados de la vida o el amor. Pero la mayoría, con un objetivo semejante: vivir, vivir ancha y libremente.

¡Arriba el telón! Con un tenue y lejano prelude musical de la tonada canción **Bajando pa' Puerto Aysén.**

Mariana: ¿Rosalba?!

Rosalba: ¡Ah?

Mariana: Otra vez, niña, los dolores.

Rosalba: Pero, mamá, tú tienes que saber para cuándo será.

Mariana: ¡Cómo podré saberlo, hijita, si nuestro calendario tiene solamente dos hojas!

Rosalba: *Invierno y Verano.*

Mariana: ¿Verano dijiste?

Rosalba: No exageres, mamita ¿O no te gusta ver el sol arriando las nieves?

Mariana: Sí, hija, un sol que calienta menos que la luna.

Rosalba: Mira, súbate la guatita mejor y déjate de quejumbres. ¿Cómo dices que eres tan hombre?

Mariana: No me hagas reír, chica, mira que me parece que me voy a partir como una sandía.

Rosalba: Oye... ¿Te cuento?

Mariana: Habla no más. Me hace bien para distraer el dolor.

Rosalba: ¿No te escandalizará, vieja?

Mariana: Habla te digo, de mujer a mujer. ¿Cuándo me has ocultado algo?

Rosalba: Es medio escabroso lo que te voy a contar, pero es cierto.

Mariana: Habla, mujer.

Rosalba: Dicen que las mujeres de la Patagonia, indiecitas parece, a falta de partera, las colgaban de los brazos con unas coyundas a las vigas de la casa, abiertas las piernas, para que el niño cayera de maduro... por su propio peso... como un repollito cocido en mantequilla y sangre... ¡Ojii! (*Simula tersianas*).

Mariana: Se dicen tantas cosas. Esta tierra también tiene sus leyendas como Chile.

Rosalba: Pero esto que te cuento se sale de madre.

Mariana: De cualquier manera, esto de tener un hijo es cosa que se sale de madre. (*Rien las dos de la ocurrencia*).

Rosalba: ¿Tienes miedo?

Mariana: ¿Miedo? ¿Qué es eso? ¿Se come? (*Rien otra vez*).

Rosalba: Verdaderamente, eres muy hombre, vieja.

Mariana: Gracias a Dios que tú eres el hombre de esta casa.

Rosalba: ¿Yo no más?

Mariana: También tu padre, por supuesto. Pero si no fuera por ti, yo y tu padre ya lo hubiéramos

abandonado todo, y ya estaríamos al otro lado.

Rosalba: ¿Muertos?

Mariana: No, tonta; en la Argentina.

Rosalba: (*Se afirma en el amasijo, suspirando, con un dejo de profunda amargura, monologando*). ¡Por mí! ¡Siete años de Patagonia! De tumbo en tumbo. A sobresaltos. Atrozmente perseguidos como perros sin dueño. ¡Siete años de sobrecogedora soledad!

Mariana: ¿Qué dices, niña?

Rosalba: Nada, mamá. (*Sigue monologando*). ¡Qué vida más tremenda! ¡Si dan ganas de morirse!

Mariana: ¿Estás hablando sola como tu padre? De tanto comer libros ustedes van a perder las chavetas.

Rosalba: Oye, mamá... ¿Crees tú que vale la pena vivir?

Mariana: Si conocieras el amor y los hijos, no me harías esa pregunta.

Rosalba: ¿El amor? ¿Se da también esa cosa en Aysén?

Mariana: Mejor me muerdo la lengua, hija.

Entra Don Lorenzo con una brazada de leña. Lentamente la ordena al lado del calentador, ensombrecido por una preocupación: abandonar a su mujer y a su hija en procura de matrona o partera. Haciendo de tripas corazón, habla.

Lorenzo: ¿Qué dicen mis reinas? Pronto habrá dos hombres en esta casa.

Rosalba: (*Ceba un mate*). Te puedes chingar como sucedió conmigo, papito.

Lorenzo: Igual, igual. Lo que Dios mande. Me sobra corazón para todos.

Mariana: Lo que te falta es plata.

Lorenzo: No estamos tan de a pie. El ganado crece y engorda.

Mariana: Hasta que nos vuelvan a echar.

Lorenzo: ¡Ya te he dicho que de este campo me sacarán, pero muerto!

Rosalba: Sí, de esa manera ya han salido muchos.

Lorenzo: Pero ahora las cosas van a cambiar. Han llegado otros colonos que se han atornillado en los campos de la Compañía. Resultaron gallazos. ¡Ni a balazos los han podido echar!

Rosalba: ¿Se conocen de nombre? ¿No serán leyendas? ¡A lo mejor llegaron en el Caleuche!

Lorenzo: No lo eches a la broma. La cosa es seria. Aparte de los colonos más cercanos con los que he conversado, se ha mentado de unos Foiches, de unos Solices, de unos Cadaganes y Oyarzunes. Y vaya a saber uno cuantos más, y ninguno piensa moverse.

Mariana: Mira, Lorenzo, lo más urgente por ahora es que vayas por una matrona o una partera... de los colonos te ocupas más adelante.

Lorenzo: *(Preocupado).* Mi problema no es volver con una matrona; tenemos como. Mi problema es partir... es decir, dejarlas solas.

Mariana: Lo haces cada vez que vas a vender animales y a comprar los vicios para la temporada.

Lorenzo: ¿Pero sabes cómo sufro cuando salgo? ¡Las cosas que imagino! ¡Mi corazón se queda aquí, golpeándose sobre estas paredes!

Rosalba: *(Sirviéndole un mate).* ¿No nos has enseñado a disparar con las dos manos, sin pestañear?

Mariana: El que corre peligro eres tú. No te olvides que llevas nuestro capital cosido a la faja. Eres una caja de fondos, pero de carne y hueso. ¿Rosalba, paró de nevar?

Rosalba: ¿Qué esperanza! Esto va pa' largo. ¿No ves que la nieve cae despacito?

Golpes a la puerta, se miran unos a otros, en una actitud muy características de la gente aislada; es como si se aprestaran a un asalto que puede ser jubiloso o trágico; pero siempre expectante. Don Lorenzo saca la tranca de la puerta y abre.

Lorenzo: ¡Adelante!

Edmundo: Buenas, Don. *(Se limpia la nieve que le cae como charreteras, tira el sombrero al suelo, se saca la manta de castilla que le cae igual que la noche sobre los hombres macizos. Calafate observa la habitación, especialmente los libros; al sacar la cabeza por el hueco de la manta se queda estático, boquiabierto, paralizado, al ver una linsá y joven mujer).*

Mariana: ¿Quién es, Rosalba?

Nadie contesta. Es el Forastero quien interroga ahora con el dedo, sin hablar, indicando el sitio de la cortada.

Rosalba: Es mi mamá. Está enferma.

El Forastero no puede contener una carcajada, ahogada en estupefacción, y exclama.

Edmundo: ¿Quién lo iba a pensar! ¡Dos mujeres en una sola casa! ¡Es decir, todas las mujeres de Aysén en una sola pieza!

Lorenzo: Hay otras, mi amigo.

Edmundo: ¡Que yo sepa!

Lorenzo: La señora del Administrador de la Compañía; la señora del Sargento Zambrano y entiendo que habrán otras.

Edmundo: Lo que es yo, no veo una mujer desde que

salí de Catamarca... y esto hace más de seis meses. ¡Calcule mi sorpresa!

Se enfrentan estos dos hombres yuxtapuestos en su formación cultural y moral, pero ambos hechos de la misma madera: la decisión, la audacia, y el valor. Don Lorenzo invita al Forastero a desentumecerse junto al calentador, prepara calmosamente el mate y habla sentenciosamente como arriando las palabras, muy sombrío, pero seguro en el hablar.

Lorenzo: Mire, amigo, francamente yo no sé si Ud. ha llegado en el momento preciso o muy a destiempo. *(Edmundo hace un gesto de interrogación. Lorenzo lo observa con dureza).* Más claro. Estoy de partida.

Edmundo: Lo sé. El caballo y el pilchero están preparados ahí afuera y Ud. anda con espuelas dentro de la casa.

Lorenzo: Así es. Pero sentémonos..., sírvase. Tengo apremio de resolver esto. *(Rosalba le pasa el mate, él retiene su mano).*

Edmundo: Yo no tengo prisa, don. *(Rosalba se va).*

Lorenzo: Pero yo la tengo. Y vamos a echar rápidamente las cartas sobre la mesa.

Edmundo: ¿Acaso juega truco, don?

Lorenzo: No, no juego a las cartas. Yo juego a la vida porque es más dramático y emocionante.

Edmundo: ¡Ah, ya...! A buen entendedor, pocas palabras, ¿no?

Lorenzo: Al grano, entonces. Mire..., ¿cómo dijo que se llamaba?

Edmundo: No le he dicho. Pero me llaman El Calafate.

Lorenzo: ¿Por lo espinudo... o por lo desolado...?

Edmundo: Quizás por las dos cosas.

Lorenzo: Bueno. Yo no sé qué agradecerle más. Si haber llegado justo antes de mi partida o el favor que me hace con *empilchase* de nuevo y abandonar esta casa.

Edmundo: Fea se pone la cosa, don. Todavía no se me va la escarcha de los huesos y ya me está invitando a despedirme. Ud. sabe tan bien como yo que la Patagonia es una casa abierta para todo el mundo.

Lorenzo: Y usted, Calafate, también sabe como yo, que no me interesa el calor de sus huesos... Lo que me preocupa es que mi mujer está grave. Mi hija tiene que cuidarla. Yo tengo que traerme, peleándole a la distancia, a los ríos y a la montaña, un montón de remedios y a doña Juliana, la matrona. Perdóneme la franqueza, amigo, pero alguien está

sobrando en esta casa... y como me queda poco tiempo...

Edmundo: ¿Piensan matarlo?

Lorenzo: *(Poniéndose de pie sin alterarse, casi con elegancia).* Los dos tenemos conciencia *(sacando su revólver con la misma naturalidad con que agarra el mate)* de que esta es una tierra desolada de hombres.

Edmundo: De hombres sin hembras..., esa es la cuestión.

Lorenzo: Mi mujer y mi hija manejan el gatillo mejor que la guitarra. Saben que las armas no son para escarbarse los dientes. Ahora mismo Ud. está encañonado desde esa cortada... *(Gira levemente la cabeza en esa dirección, el Forastero se queda impasible, pero atento a cada sílaba).*

Edmundo: Si quieres saberlo, en estos páramos una violación no tiene importancia, es más natural que carnear un capón.

Lorenzo: Pierde el tiempo si cree que me va a sublevar con sus palabras. Lo que yo quiero evitar es que mi mujer y mi hija tengan que balearlo.

Edmundo: ¿No vale la pena correr el riesgo?

Lorenzo: Cosa suya. Pero la verdad es que no correrán con esa desagradable faena. Para eso estoy yo: ¿me entiende? Prefieroirme tranquilo y matarlo atenta y personalmente con mis manos.

Edmundo: ¿Con sus manos?

Lorenzo: Sí, con mis manos. ¿Prefiere mi facón o mi revólver?

Edmundo: Cállese, don; yo estoy acostumbrado a estos diálogos de muerte... y todavía estoy vivo.

Lorenzo: En esta soledad, ni su vida ni la mía valen más que una borrega. Además, la nieve lo cubre todo.

Edmundo: Conozco de sobra esta tierra de nieve y sangre...

Lorenzo: No sea tan sobrado, amigo.

Edmundo: ¿Sabe una cosa? Yo le niego a Ud. el coraje de matarme a sangre fría. Por lo menos yo tendría que intentar sacar mi facón o mi *matute* 44, y, escúcheme bien, yo soy medio bagual, pero mi instinto de animal perseguido me avisa cuando debo recoger las cuatro patas y quedarme *chanchito* sin mover un dedo, recogido.

Lorenzo: ¿Para luego dar el zarpazo?

Edmundo: ¡Justito, don! Ud. me entiende, y eso me gusta entre machos.

Lorenzo: Mire, yo no seré tan vivo como Ud., Cala-

fate, pero el corazón me dice que en esta esquina del mundo uno de nosotros se va a pegar el más fuerte de los guatazos.

Edmundo: Tengo que echarle en cara una cosa, don. Fijese que yo no he tenido escuela como Ud., sin embargo, por ninguna plata viviría en este infierno blanco y verde... con dos mujeres indefensas...

Lorenzo: ¿Indefensas? ¿Sabe Ud. que estas mujeres indefensas disparan con las dos manos sin pestañear? ¿Que no hay abutarda, liebre o zorrino que no se juegue los sesos frente a ellas? ¿Y yo no cuento, acaso? ¿Qué se ha imaginado! Menos protegida se encuentra la mujer del norte acechada por el lujo y la vanidad o acorralada por la miseria. *(Se acerca hacia el rincón donde El Forastero ha dejado sus prevenciones, las toma y las lanza contra la puerta como despedida. En seguida, como si nada hubiera pasado, Lorenzo se acerca al calentador para cebarse un mate. Edmundo se desconcierta un poco. Lorenzo habla mirando el techo, como si estuviera conversando con las vigas).* Aunque parezca absurdo, aquí la soledad y el abandono son nuestras defensas. Además, somos verdaderamente libres. No somos esclavos del reloj, ni del calendario, ni de la voracidad del patrón, ni de esos verdugos amaestrados que se llaman jefes. ¡No puede medirse ni comprarse este lujo de ser libres!

Edmundo: ¿No son acaso prisioneros de un invierno que dura catorce meses?

Lorenzo: Donde hay leña, no hay invierno.

Edmundo: ¿Y cuando las nevazones atrancan las puertas por defuera y los matorrales avanzan como un incendio verde... tragándose los cercos, atropellando los terrenos apotrerados... jodiéndolo todo, cuando hasta el coirón se queda sepultado bajo la coraza de la escarcha? ¿Yo sí que me siento libre, porque nada me amarra y vago como el viento pampero! Las cosas, la familia, los terrenos, se le pegan a uno como una costra, tanto en el cuero como en el alma.

Lorenzo: Al que aprende a soñar despierto no se le escarcha el alma. Y para terminar... éstos son los últimos rincones del mundo donde todavía se puede hacer fortuna.

Edmundo: ¿Trabajando?

Lorenzo: ¡Trabajando!

Edmundo: Fijese, don, que no lo encuentro capaz de

hacerme fuego a sangre fría. Por lo menos tendría que pararme en dos patas y le repito que no pienso mover un dedo.

Lorenzo: Callado se defiende mejor, amigo.

Edmundo: Para empaparse con la sangre de un hombre que no se defiende, hay que ser como yo... y Ud. se parece tanto a mí como un armadillo a un carancho.

Lorenzo: Me conmueve la comparancia, como dicen por estos pagos. Le agradezco el concepto que de mi modesta persona tiene, suponiendo que yo no soy el carancho, pero le voy a demostrar...

En ese momento tocan a la puerta, se produce un silencio tenso. Sin descuidar al Forastero, don Lorenzo saca la tranca de la puerta. Entra un Pastor Evangélico, lleva un chaquetón de cuero cubierto de nieve, se le ve entumido. Trae bajo el brazo un portadocumentos. En una mano, las prevenciones. Tendiendo la mano, se presenta.

Samuel: Samuel Pedraza, Pastor Evangélico, para servirle en el nombre del Señor. *(Se adelanta hacia el Forastero, tendiendo su mano repite el saludo cordial).*

Lorenzo: *(Conduciendo hacia la cortada).* Mi esposa. Mariana...

Aparece en escena Rosalba, viene a ver su pan en el horno. Rosalba y el Forastero quedan solos. Edmundo la observa atentamente y le habla con voz insinuante.

Edmundo: ¿Quiere que le ayude a sacar el pancito...?

Rosalba: No gracias, estoy acostumbrada a hacer el trabajo de la casa sin ayuda de nadie.

Edmundo: ¿Y no se aburre en estas soledades?

Rosalba: No, estoy acostumbrada.

Edmundo: ¿Sabe...? Ud. es muy bonita; lo más lindo que he visto desde hace mucho tiempo. Y eso que he recorrido cientos de leguas tumbeando de estancia en estancia... trabajando en lo que cayera. *(Rosalba ha sacado la bandeja del pan. Van en busca de la bolsa de género y lo vacía. Luego enmanteca la lata. Durante esta tarea, Edmundo la observa y la sigue sirviéndose mate).* Yo soy amansador ¿sabe? Y también le pego a las labores del campo. A mí no me queda ninguna cosa grande, pa' hacer lazos soy mandado hacer, y lo mismo le reparo un par de zapatos, conduzco un arreo o me juego la vida por una guanita así..., como Ud., por ejemplo.

Rosalba: *(Con la bandeja en la mano le contesta desafiante).* Pierde el tiempo si trata de agradarme, Ud. no me merece confianza.

Edmundo: *(Socarrón).* ¿Me tiene miedo?

Rosalba: A nada le temo. *(Al colocar el pan al horno, se le caen algunos; se agacha, molesta, a recogerlos).*

Edmundo: *(Lanza una carcajada breve y seca).* La noto nerviosita... ¿Está segura que no tiene miedo? *(Rosalba le da una mirada cargada de indignación y no contesta. Hay una breve pausa).* Yo no soy un bruto con las mujeres, créame. Con los hombres sí que soy fiero cuando me buscan. Fiero, una sola vez me han marcado a la mala, por una mujer que no valía tanto como Ud.

Rosalba: No sea tan sobrado. Todos los forasteros dicen lo mismo.

Edmundo: Ud. no me conoce. Yo no sé decir cosas bonitas, pero en cambio soy muy cariñoso y muy hombre. Ahora, si Ud. quisiera yo podría quedarme un par de meses y vivir juntos. *(Rosalba se aleja de él sin contestar).* ¿Qué le parece? *(Espera ansioso una respuesta que no llega).* Yo le ayudaría a tu padre mientras se mejora tu mamá. No te arrepentirás. *(Se ha ido acercando poco a poco a Rosalba y ha estirado la mano para agarrarla).*

Rosalba: *(Saca rápidamente su revolver y gira engañándolo).* ¡Infeliz! ¿Qué se ha creído que soy yo, aquí no estamos en una cantina con mujeres de vida fácil! Somos pobres pero honrados. ¡Y prepárese, porque de aquí va salir, pero con un tiro en la cabeza si no se marcha enseguida!

Edmundo: No se acosquille tanto, señorita... ¡Yo le decía no más! Ahora Ud. dice que no, pero ya nos entenderemos... para eso queda bastante tiempo.

Rosalba: ¿No piensa irse?

Edmundo: ¿Quién se apura en la Patagonia?

Lorenzo: *(Que aparece con el Pastor de la cortada de la enferma).* Por eso, hermano Pastor, Ud. francamente me cae del cielo.

Samuel: Dios sabe hacer las cosas. La verdad es que me perdí del camino. *(Riendo).* Eso no quiere decir que yo sea un perdido.

Lorenzo: Perdóneme que le haya explicado tan de sopetón las cosas. Pero es que tengo urgencia de partir. Hace rato que tengo los caballos preparados... Pero me llegó caído del infierno este sujeto sin Dios ni Ley. *(Mira hacia El Forastero).*

Samuel: No necesita explicarme nada. Mi propio espíritu me dio testimonio de la situación.

Lorenzo: Ud. me responde, Pastor, ante Dios y ante

los hombres por la vida y el honor de esta casa.

Samuel: Gracias, hermano, por su fe en Dios y en este inútil siervo del Señor. Máchese tranquilo.

Lorenzo: Claro que me voy tranquilo, y casi contento. No estará tan solo, Pastor, aparte de Dios, las mujeres de esta casa son de armas tomar. También conocen esa dinamita del espíritu que aleja todos los peligros: la oración. (*Dirigiéndose a Rosalba*). Rosalba, tráeme las prevenciones.

Rosalba: (*Yendo a buscarlas mientras habla*). Ya te puse los vicios necesarios para cuatro días. Te voy a echar un pancito fresco.

Lorenzo: ¿Te acordaste de la yerba y del mate, hija?

Rosalba: (*Sacando un pan de la bolsa*). Sí, papá.

Lorenzo: Bueno hija, el Pastor se quedará en la casa acompañándolas; entre los dos cuiden de tu madre.

Rosalba: No te preocupes, papá. (*Le entrega las provisiones*).

Lorenzo: Arréglale las pilchas en esa cortada al Pastor para que duerma dentro de la casa.

Rosalba: (*Indicando a Edmundo con un gesto*). ¿Y..?

Lorenzo: Que se acomode en la mediagua (*Se pone el sombrero*). Bueno, voy saliendo entonces, trataré de regresar lo más rápidamente posible.

Samuel: ¿Por dónde se va a ir?

Lorenzo: Voy a tomar a lo derecho para acortar camino.

Samuel: Váyase mejor por la quebrada de los Toros, porque el río viene muy crecido y no da paso.

Lorenzo: Es que yo conozco un vado por lo de Vilches...

Samuel: No cruce por ahí, hermano, el agua llega más arriba de las verijas. Váyase mejor por donde le dije.

Lorenzo: Gracias, Pastor, por el dato. No se olvide del encargo. Confío en Ud.

Samuel: Dios estará con nosotros, máchese tranquilo.

Lorenzo: (*Iniciando la salida*). Vayan a botarme. *Salen, Edmundo saca pan de la bolsa y se sienta a comer y a tomar mate.*

Samuel: (*Afuera*). Que el Señor lo bendiga, don Lorenzo, y vuelva pronto.

Lorenzo: ¡Gracias, Pastor!

Edmundo: (*Exclamando con sorna desde su lugar*). ¡Amén!

Lorenzo: Hasta pasado mañana.

Samuel: Hasta más luego. (*Se sienten los cascos del caballo que se aleja. Rosalba entra por la izquierda hacia la cortada de su madre. Edmundo la sigue con la mirada. Penetra el Pastor y se queda en la puerta mirándolo. Edmundo se levanta y le deja el mate en el fogón*). ¿Qué tal, amigo, cómo la lleva?

Edmundo: ¡Cuánto, cuánto no más!

Samuel: No están tan malas las huellas, ¿verdad?

Edmundo: Yo pensaba que los hombres buenos todo lo encontraban malo.

Samuel: ¿Hombre bueno, yo? La Biblia dice que nadie hay bueno, solamente Dios.

Edmundo: ¿De manera que todos somos malos? Le pregunto para que nos vamos poniendo de acuerdo.

Samuel: Le contesto que todos somos semejantes, pero no iguales.

Edmundo: No lo entiendo.

Samuel: Sí me entiende. Pero si quiere calentar el cuerpo hablando, hablemos.

Edmundo: Tenemos tan poco en común, que a lo mejor podemos aprender muchas cosas abriéndonos. Además, lo autorizo para que me apunte con el dedo.

Samuel: Cuando se apunta con un dedo al prójimo... tres dedos apuntan contra uno. (*Lo muestra gráficamente con la mano*).

Edmundo: (*Sonriendo*). Ustedes, para todo tienen respuesta. Andan como se dice: *de bala en boca...*

Samuel: Nosotros no inventamos nada. Ni queremos saber mucho tampoco. Solamente lo que viene de la Palabra de Dios (*Mostrando la Biblia*).

Edmundo: ¿Y ahí está todo?

Samuel: ¡Totalmente todo!

Edmundo: ¿Estoy yo también? (*Con sorna*).

Samuel: Sí, hermano; y yo, y todos los hombres... del Universo.

Edmundo: ¿Y qué dice de mí, ese libro?

Samuel: Lo mismo que dice de mí.

Edmundo: Entonces también dice cosas feas, cosas sucias...

Samuel: Esa es la gracia y la sabiduría de este libro; muestra las cosas como son: feas y hermosas, buenas y malas; la luz y las tinieblas; el infierno y el cielo.

Edmundo: ¡El infierno! Aquí en la tierra está el infierno.

Samuel: ¿Y el Cielo, dónde está?

Edmundo: Este dato tiene que dármele Ud., Pastor. *Rosalba pasa a otra cortada, Edmundo la admira.*

Samuel: Para eso fui llamado por el Señor.

Edmundo: Mire, Pastor, yo creo que en las mujeres hay un poco de mucho Cielo, especialmente cuando son escasas... (*Carcajada*). La caña argentina, el coñac Bandera Chilena también ofrecen un poco de cielo embotellado, porque le hacen olvidar a uno los cachacos del otro lado y los pacos de este. Y hasta el fuego (*señalando el fogón del calentador*), que es hijo natural del Infierno, me ofrece un poco de cielo cuando me calienta las manos.

Samuel: (*Abriendo la tapa del fogón*). ¿Y por qué no agarra con las manos este cielo?

Edmundo: *Nicaragua*, Pastor; porque este cielo está como infierno. ¿No ve que es leña de Ñire?

Samuel: ¡Qué charquicán más grande tiene Ud. en la cabeza! Pero no crea que lo censuro por eso. Nada. En peores condiciones me encontraba yo. Pero voy a mostrarle el camino del Cielo.

Edmundo: No pierda el tiempo, Pastor. Yo solamente creo en lo que ven mis ojos.

Samuel: Justito, ahí mismo comienza a equivocarse, hijo. Le pregunto: ¿puede Ud. ver el aire? No, ¿verdad? Entonces, ¿no existe el aire porque Ud. no lo puede ver con sus ojos?... Amigo querido, se nos va a pasar el invierno hablando... y al final vamos a estar en el mismo punto de partida. Pero mi obligación para con Dios y para con Ud. es enseñarle el Camino de la Salvación derechamente, sin rodeos... y eso pretendo hacer en dos patadas.

Edmundo: Patee no más, Pastor, estoy como embudo para escucharle. Lo que sobra en la Patagonia es tiempo. (*Se agita divertido y expectante*).

Samuel: Con permiso, primero tengo que orar. (*Se aparta y ora.*) Señor, ablanda el corazón y la mente de este bruto. Expulsa ese tigre de nieve y sangre que se repliega en su alma; y que sea tu Palabra y no la mía la que obre en su espíritu. Si es que tiene espíritu este *barbeta*. Amén. (*Edmundo trata de escuchar*). Escúcheme bien esto, hijo. Nadie no va al cielo por bueno. Ni nadie se va al infierno por malo. Más claro, echarle agua. Nadie se va al cielo ni al infierno, ni por bueno, ni por malo.

Edmundo: Me desayuno.

Samuel: Espérole, que está en ayunas.

Edmundo: Échele no más, Pastor.

Samuel: Escúcheme bien, Dios no da una chaucha por nuestras buenas obras. Dice la Palabra que nuestras obras son como trapos de inmundicias delante de Dios. En cuanto a nuestros pecados, nosotros no tenemos ninguna culpa. Por culpa del viejo Adán salimos todos con cuero de oveja y corazón de lobo. De modo que tampoco Dios da una chaucha por nuestros pecados.

Edmundo: ¿Cuál es el precio, entonces?

Samuel: ¡La sangre de Cristo!

Edmundo: ¡Ah...! ¡La eterna cuestión! Por poco me convence, Pastor.

Samuel: Por ese poco se han perdido millones de almas en el mundo.

Edmundo: Me quedo con las mayorías del mundo, Pastor. (*Se escuchan golpes a la puerta. El Pastor se dirige a abrir después de un momento de vacilación*).

Samuel: Adelante...

Entra el cabo Floridor, seguido de Alfredo y tres hombres más. Todos con mantas y sombreros, sacudiéndose la nieve. Alfredo y los tres hombres se sacan las mantas.

Floridor: (*Con la manta puesta*). Buenas tardes, Pastor. (*Le tiende la mano*). Cabo Floridor Candia, para servirle.

Samuel: Samuel Pedraza, Pastor Evangélico, para servirle en el nombre del Señor (*Al Cabo*). Desensille, amigo.

Floridor: (*Presentando a Alfredo*). Don Alfredo Coloma, Agrimensor Fiscal, jefe de la Comisión de Deslindes.

Alfredo: (*Que se ha sacado la manta*). Mucho gusto.

Samuel: Samuel Pedraza... (*etcétera*). ¿Y qué vientos los trae por aquí?

Floridor: Comisión de Servicio no más.

Samuel: Pasen a calentarse amigos y sírvanse un amargo.

Edmundo le pasa el mate a Alfredo. Los demás se acercan al fuego.

Edmundo: (*Saca cartas y prepara el naipe*). ¿Quién me acompaña a una manito?

Floridor: De ahí somos.

Ramiro: Truco gallo o juega otro. (*Sentándose*).

Edmundo: (*Mirando a Alfredo*). ¿Ud. no juega, don?

Alfredo: No sé jugar. Llegué hace poco de Temuco.

Edmundo: Ah, cierto que los del norte no conocen el truco. (*Socarrón*). Perdone, don (*a Raúl*). ¿Y vos, querís jugar?

Raúl: Bueno.

Floridor: *(Sentándose)*. Un veinticuatro, entonces. *(La partida comienza y el Pastor se acerca al tacho)*.

Samuel: Así es que somos coterráneos.

Alfredo: ¡Ah! ¿Ud. también es de allá? Me he encontrado con mucha gente de Cautín por aquí.

Samuel: Sí, pues, los colonos que están poblando la provincia de Aysén son en su mayoría de esta tierra. ¿De dónde es usted?

Alfredo: Soy de los Colomas de Victoria. ¿Lleva mucho tiempo aquí, Pastor?

Samuel: Más o menos un año.

Alfredo: ¿Y Ud. se acostumbra aquí? ¿No echa de menos las cosas de su tierra?

Samuel: *(Suspirando)*. Jehová es mi Pastor y nada me faltará, Salmo:23-1

Alfredo: *(Sonriendo condescendiente)*. Creo que nunca me voy a acostumbrar. No hallo las horas de terminar este trabajo y volverme.

Samuel: ¿Y en qué se las baraja?

Alfredo: Tenemos que verificar y fijar los deslindes de las tierras que ocupan actualmente los colonos, para poder otorgarles un Título Gratuito de Dominio. ¡Es urgente legalizar esta situación!

Samuel: ¡Ah, qué bien! Claro que a la Compañía no le va a gustar mucho esto.

Alfredo: Ya me han informado.

Rosalba, que sale de la cortada derecha, se dirige al Pastor. Los jugadores la miran suspendiendo el juego y Rosalba saluda con una inclinación de cabeza, se detiene ante el Pastor. Alfredo la mira asombrado.

Rosalba: Pastor, están listas sus pilchas.

Samuel: Muchas gracias, hijita. *(Presentando a Alfredo)*. El Sr. es Agrimensor.

Rosalba: *(Tendiendo la mano)*. Rosalba, para servirle.

Alfredo: Mucho gusto, Alfredo Coloma, servidor de Ud. *(Se miran sonrientes, como encantados)*.

Samuel: Bien, bien... Ahora que tiene compañía, yo iré a ver a la enferma. En esta casa se espera la llegada de un ángel.

Rosalba: *(Ante la cara sorprendida de Alfredo)*. El Pastor quiere decir que mi madre está por dar a luz. *(Sonríe)*.

Alfredo: ¡Ah..! Si es un hermanito suyo no hay duda que será un ángel también. *(El Pastor se retira sonriendo)*. Lo que son las cosas. Lo único que pensaba a lo lejos, observando el humito de esta casa,

era tirarme en un rincón igual que un saco papero hasta recuperar el calorcito de los huesos. ¡Y mire con lo que me encuentro! *(La mira a los ojos)*.

Rosalba: *(Mantiene la mirada)*. ¿Y qué le sorprende?

Alfredo: No estoy sorprendido, estoy maravillado. *(Ambos ríen. Rosalba le ceba un mate)*.

Floridor: *(Amoscado)*. ¡Juegue, pues, ñor!

Edmundo: ¡Envído! *(Habla fuerte)*.

Floridor: *(Lentamente)*. Envío, ¿dijo?

Edmundo: Real envío.

Floridor: *(Decidido)*. ¡Quiero!

Ramiro: Las de la Luna, Treinta y una...

Raúl: Las de don Andrés, ¡treinta y tres! *(Edmundo lanza una carta, Floridor otra)*.

Ramiro: *(A Floridor)*. ¿Cómo está p' al truco?

Floridor: *(A Raúl)*. ¡A Ud. le dicen!

Edmundo: Quiero. *(Floridor lanza a la mesa una carta, mirando a Raúl)*.

Rosalba: *(Que vuelve con el mate)*. Sírvase.

Alfredo: Gracias, Rosalba; ¿puedo decirle Rosalba? *(Ramiro lanza otra carta)*.

Rosalba: Desde luego, pero no me diga gracias, porque eso significa que ya no quierè más mate. *Ríen en la mesa, Raúl tira y Floridor se golpea la frente.*

Alfredo: Esta zona tiene cosas muy particulares... ¿Me cree que no sé jugar al truco?

Indicando la mesa, Edmundo tira una carta alta y sonríe.

Rosalba: ¿Por qué no? Mi papá lleva siete años en esta zona y no sabe jugar truco.

(Ramiro está recogiendo el naipe y baraja).

Alfredo: ¿Su papá? *(Mirando al Pastor)* ¿Siete años?

Rosalba: No, ese caballero es Pastor. Mi papá salió para Baquedano, por remedios y por una cigüeña. *(Ríen discretos y jubilosos; entre ambos hay un entendimiento)*.

Floridor alza y Ramiro da cartas de pie. Alfredo lo observa y se queda pensativo. En la mesa, el juego comienza de nuevo.

Alfredo: ¿Sabe?

Rosalba: No, si Ud. no me explica.

Raúl: Envído.

Edmundo: No ha venido, pero al truco lo convidó.

Alfredo: Rosalba.

Rosalba: Le escucho, Alfredo, ¿puedo decirle Alfredo?

Alfredo: Se lo ruego.

Rosalba: ¿Qué le parece este campo?

Los jugadores botan las cartas a la mesa y Raúl recoge y baraja.

Alfredo: Francamente, cuando venía de camino, todo me parecía frío, blanco e igualmente repetido, hasta el hostigamiento, pero ahora... créame, no me iría nunca más de aquí.

Rosalba: Yo le preguntaba por el paisaje, Alfredo.

Alfredo: Lo bello o lo grotesco, se me ocurre que está dentro de nosotros mismos. (*Indicando su pecho*). De aquí parte el lente de las cosas.

En la mesa comienza un nuevo juego.

Rosalba: Yo pienso que en Aysén están los mejores y más bellos lugares del mundo. Además, aquí se aprende la verdadera geografía de Chile. En el norte nos enseñan que el río más grande es el Bío-Bío, pero aquí sabemos que es el Baker, y que el lago más grande no es el Llanquihue sino el Buenos Aires.

Alfredo: Perdóneme, Rosalbita. Lo que a mí me interesa es la geografía humana de su vida... y admito su valor para vivir en este desierto blanco.

Rosalba: No estaremos aquí toda la vida. Mi madre quiere irse, claro que mi papá prefiere quedarse hasta irse ricos.

Alfredo: Es la ley de todos los colonos. Sin embargo, lo verdaderamente interesante es hablar de Ud., Rosalba. ¿O no, dice Ud. que sí?

Rosalba: Sí, sí, le digo que no, no... (*Se ríen, tratando de no acusar sus recíprocas emociones, pero Alfredo vuelve a la carga*).

Alfredo: Dígame, Rosalba, ¿no la aburren estas soledades?

Rosalba: No, no. La tristeza nos persigue a veces, pero el aburrimiento nunca. Al contrario, estas soledades nos enseñan a conocer la respiración del viento cuando gruñe o cuando corre como un chiquillo desatado... Conocemos todos los tonos de la lluvia cuando hila sobre las tejuelas... Y lo más entretenido es tomarle el pulso a las increíbles variaciones del silencio... Porque en estas regiones el silencio es una verdadera sonaja... ¿No estoy hablando leseras, verdad?

Alfredo: ¿Qué ocurrencia, sí me deja pasmado!

Rosalba: No exagere, Alfredo, es que la naturaleza habla por nosotros en estas soledades..., así como el río busca las piedras para hacerse oír. ¿Otra vez! Ve que no cuesta nada disparatear, atropellando la poesía.

En la mesa, Edmundo recoge las cartas y baraja.

Alfredo: Rosalba, Ud. es la poesía misma. En cambio yo soy el cabro chico, medio tonto y medio leso; mi corazón no sabe hablar, pero si saco la cara por él, una sola cosa puedo decirle, Rosalba.

Rosalba: ¿Es necesario que lo diga ahora?

Alfredo: Si no lo hago ahora, estallaré por dentro, así como el sol hace reventar la escarcha de los lagos.

Rosalba: ¡Qué bonito! Ahora Ud. se pone poético. (*Ríe*).

Alfredo: No, Rosalba, por favor; ya le dije que se me tupe el cerebro cuando la miro a los ojos.

Rosalba: Ahora sí que está diciendo leseritas.

Alfredo: Pero sinceras, Rosalba.

Floridor: Chiquillo enviado.

Edmundo: Donde hay flor, está prohibido ¡Flor y truco!

Raúl: Paso, y quiero retruco.

Ramiro: Quiero, vale cuatro.

Raúl: ¡Quiero! (*Floridor tira una carta, el truco continúa con su fraseología habitual*).

Rosalba: No crea, Alfredo, que todo es canela en esta tierra. También conocemos la angustia, los dolores, la rebelión.

Alfredo: ¿Quién no ha tomado de esos caldos?

Rosalba: La soledad es como un campo sin límites y las nevazones demasiado prolongadas... nos provocan ataques de indolencia. Es decir, nos vamos quedando como un cuadro en blanco... sin color y sin forma... Hasta los recuerdos más vivos se borran, se gastan, a fuerza de tanto repasarlos.

Alfredo: ¡Rosalba, no me cuente más! A mí me parece que nos conocemos hace miles de años, que puedo leer su vida y la mía en dos segundos.

Rosalba: (*Con picardía*). ¿Cómo dicen que los andaluces y los gallegos son los más... exagerados? (*Ríe*).

Alfredo: (*Riendo también*). ¡Iba a decir mentiroso! ¿Verdad?

Rosalba: No, no... ¿O no, dice usted, que sí..? (*Ríen felices*).

En ese momento el Cabo se levanta de su asiento medio amoscado por sus frustraciones en el truco, el mismo se ceba un mate, poniéndose súbitamente grave habla con tono solemne.

Floridor: Señores: tengo el deber de informarles que no he llegado a este campo ni a churrasquear, ni a tomar mate, ni a jugar truco, ni a dedicarme a la

vida social; me he machucado veinte días para llegar aquí, en cumplimiento de ordenes escritas y debidamente autorizadas por la Ley. (Se saca de la manga el oficio). Para comenzar por el principio, ¿quién es el dueño de casa? (Mirando al Pastor).

Samuel: (Se adelanta incorporándose al grupo. Se produce un clima de nerviosismo todos pendientes de las palabras del Cabo). El dueño de casa no está. Tiene por lo menos para cuatro días afuera. Salió hace un rato.

Floridor: ¡Qué joder! ¡Cuatro días! ¡Por qué atajo saldría? ¡Me parece tarde..., pero podría alcanzarlo!

Edmundo: ¡Muy difícil, mi cabo! Salió a reventar caballo. Y es tieso de mechas. Muerto creo que no le sirve, porque vivo no volvería.

Floridor: ¡Es la Ley, amigo, la que manda! ¡Qué ha creído!

Rosalba: ¿Se puede saber cuál es su misión? Yo soy la hija del dueño de casa; mi madre no puede atenderlo, porque está enferma.

Floridor: Mi deber es ingrato, jovencita. Pero esto no pasa de aquí no más, ni es muy nuevo que digamos. Se trata en pocas palabras de la desocupación de los campos de la Compañía.

Rosalba: (Dirigiéndose a Alfredo). ¿Y Ud. también forma parte de esta Comisión Legal?

Alfredo: Formaba..., pero solamente para fijar deslindes. Desde ahora no cuente conmigo, cabo Floridor.

Floridor: (Sin formular una palabra anota en una libreta; luego, como dirigiéndose al grupo). Tengo que hacer un inventario hasta de las gallinas que hay en este campo.

Alfredo: ¿Lo dice por mí?

Floridor: No. El Ministro de Fe que andaba conmigo (refiriéndose al Agrimensor Alfredo) me acaba de dejar en la estacada y está renunciando. Bueno, peores hice yo cuando muchacho y eso que no era educado.

Alfredo: Sus opiniones personales no interesan a nadie aquí. En cuanto a lo legal, las cosas no están muy claras. De este sufrido peregrinaje o estudio de reconocimiento que lleva casi un mes, nada he podido sacar en limpio. Nadie ha respetado los deslindes; ni los colonos, ni la Compañía. No hay plano que coincida con los cercos. Yo me declaro incompetente.

Ramiro: Hay cercos que son tragados por la nieve, lo mismo que sus ocupantes. Y la justicia no me dice nada.

Floridor: Dejemos de cuestiones y concentremos.

Edmundo: Lo concreto es que no estamos en Magallanes, donde matar a un indio yagán para quitarle sus tierras costaba menos que achuntarle un tiro a un colmorán.

Floridor: Yo no vengo a discutir, vengo a cumplir la Ley.

Ramiro: ¿Cómo se puede obedecer una Ley que no se conoce?

Floridor: ¡Yo soy la Ley!

Edmundo: Qué curioso. ¿Si le pegamos un balazo, se acaba la Ley?

Floridor: Dos carabineros más están esperando mis órdenes allá afuera en las mediaguas; y ocho peones de la Compañía, en las pesebreras. (Sonríe, seguro y prepotente).

Ramiro: Es Ley también que Ud. no puede proceder a un desalojo si no firma ese Documento el ocupante responsable.

Floridor: Aquí la Ley está atropellada con una ocupación ilegal, procede en consecuencia el desalojo.

Edmundo: ¿Qué dice su libro, Pastor? ¿De quién es la tierra?

Samuel: (Abriendo la Biblia, lee). De Jehová es la tierra y su plenitud, Salmo 24:1.

Edmundo: ¿Qué le parece, mi cabo? ¿Si la tierra es de Dios, de nadie en particular es! ¿No le parece?

Floridor: Esa es cuestión aparte. Aquí no estamos en misa. Estamos en un tribunal. Y aunque a ustedes no les guste, son testigos obligados de este acto legal. Y, además, notificamos a todos los presentes, que tendrán que firmar este Documento, por haberse hecho humo el ocupante responsable de este campo. (Todos protestan a la vez: yo no firmaré, no pienso firmar, yo no llevo velas en este entierro, nadie debe firmar a la fuerza, eso sí que es ilegal, etc.).

Floridor: ¡Silencio, caballeros! ¿Qué esto tiene olor a desacato!

Ramiro: Algún día la Justicia también será para los pobres... y la tierra para el que la trabaje.

Floridor: ¡Así decía mi abuelo! ¡Y he conocido millo- nes de campesinos que no tienen más tierra que la pegada en los zapatos!

Ramiro: El pueblo y el campesino chileno están ver-

des todavía, es cierto, no tienen conciencia de sus derechos, pero llegará el día de la rebelión.

Floridor: Ya nos veremos las caras. ¡Y harlo caro tendrá que pagar por sus palabras!

Ramiro: Tremenda novedad. El pobre y el perseguido siempre pagan caro por todo. A los ricachones todo les sale barato.

Edmundo: ¿Pastor, qué dice su libro cuando los ricos de la Compañía abusan de los pobres?

Samuel: (*Leyendo en su Biblia*). ¡Ay de vosotros, ricos, los que ahora estáis saciados! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque lamentaréis y lloraréis!

Edmundo: ¿Sabe, mi cabo? ¡La gente ya no es tan tonta como cree!

Ramiro: Efectivamente; el cabo Floridor no podrá negar que, a vista y paciencia de la Autoridad y de la Compañía, los ocupantes más gallos cruzan con carreras los cercos y que todavía nadie ha podido corretearlos.

Floridor: No puede cantar victoria. Se están jugando el pellejo y todo lo trabajado.

Ramiro: No sea cándido, ñor, y perdóneme que le diga ñor. Hay cuatro carabeleros en todo el Aysén. Los nuevos conquistadores de la tierra son como veinte y todos de pelo en pecho. Y siguen llegando otros.

Floridor: Pero viene Marchant. Ahí van a saber lo que es bueno. No dejará piojo parado. No tiene nada que ver con monos.

Ramiro: Lo conozco. Se viene de Intendente. Lo supe en Santiago. No se casa con nadie. Frita está la Compañía si cree que puede seguir abusando con el monopolio de las tierras.

Floridor: ¡Basta, caballeros! ¡Ha llegado el momento de proceder conforme a la Ley! ¡Dejemos de menear! Los que se niegan a firmar este papel, ahí está la puerta.

Raúl: ¿Y la enferma?

Floridor: Se quedará con su hija hasta que llegue el hombre. Los demás, todos pa' fuera.

Edmundo: (*Edmundo se ha ido corriendo discretamente hasta colocarse a espaldas del cabo Floridor, exclamando con fiera firmeza, a la vez que lo encañona por el cuello para que sienta el doble hielo del arma*). Ud. primero, mi cabo.

El Cabo levanta las manos hasta la altura del pecho no más. Ramiro se adelanta y abre la puerta. El Cabo se

detiene brevemente en el umbral y dice sin verse.

Floridor: ¡Habrá jaleo! ¡No respondo por sus vidas!

Edmundo: Ni nosotros por sus pacos ni por los peones de la Compañía. (*Es indudable que Edmundo, toma el control de la situación, el hombre de acción en estos casos emerge solo*). No cierre la puerta todavía, don Ramiro. (*Dirigiéndose a los demás*). Ha llegado el momento de las decisiones. El que quiera seguir a la **autoridad**, ¡hágalo rápido!

El Alarife que ya está cerca de la puerta, se lanza afuera. La mujer disfrazada de hombre también corre hacia la puerta, pero la agarra de un hombro Don Ramiro, dándole un palmetazo abierto en la cara, a la vez que la increpa.

Ramiro: ¡Cobarde! ¡Ya te encontraba cara de marica!

Mujer: (*Tapándose el rostro y llorando*). ¡Yo no soy marica! ¡Soy mujer! (*Todos se quedan pasmados*). ¡Lo único que deseo es llegar a la casa de mis padres en Puerto Montt!

Ramiro suelta a la muchacha, todos quedan un instante tensos.

Edmundo: (*Reaccionando*). ¿Y pa' qué se viste de hombre, entonces?

Mujer: Pa' defenderme de los lobos como Ud.

Samuel: Hermana, Ud. no debe seguir sola. Puede quedarse aquí si lo desea, algún día se encontrará en una situación difícil.

Mujer: Es primera vez que me descubren. ¡Déjeme salir, por favor, los de afuera no saben que soy mujer! (*Solloza*).

Edmundo: Déjela que se vaya, si es tan hombre. (*La muchacha sale corriendo*). ¿Quién más?

Alfredo: ¡Yo me quedo a defender esta casa y para siempre!

Edmundo: No se limpie la boca, amigo, antes de comer. (*Mirando a Rosalba*).

Alfredo: Tampoco resuelles tú con la dentadura sucia.

Los dos hombres se miran desafiantes. Edmundo hace un gesto despectivo.

Edmundo: Ya nos veremos las caras en un momento más oportuno, don. Ahí veremos quién sabe defender mejor lo que aprecia

Afuera se abre el fuego, se escucha un grito de mujer.

Rosalba: ¡La muchacha! (*Se abraza de Alfredo*).

Edmundo: (*Cierra la puerta como un rayo mientras grita*). ¡Tú, Ramiro, hazles fuego por esa ventana!

Alfredo: ¡Un momento! La mujer puede estar sólo herida y quedará entre dos fuegos. (*Ramiro se detiene*).

Mariana: (*Desde la cortada*). ¡Qué pasa, por Dios!

Edmundo: (*A Alfredo*). ¡Cállese! Lo que apremia es barrer con los pacos y con esos vendidos a la Compañía que están allí afuera, antes que ellos nos liquiden a nosotros. (*Ramiro abre fuego desde el lateral izquierdo. A Alfredo*). ¡Rápido, Ud. defienda este costado!

Alfredo obedece y corre a centro foro. Rosalba lo sigue y abren fuego desde ese costado. Edmundo dispara, de bruces, por una ranura de la puerta. El Pastor va a la cortada a calmar a Mariana.

Floridor: (*Desde afuera*). ¡Ríndanse o quemamos la casa!

Responde sólo el fuego desde el interior.

Edmundo: (*Con júbilo*). ¡La luna está saliendo, ahora estarán jodidos! (*Repentinamente lanza un grito y se agarra una mano*). ¡Malditos! ¡Ramiro, dale a uno que está en la mediagua!

Ramiro: Lo tengo visto, en cuanto asome...

Samuel: (*Corriendo hacia Edmundo*). ¡Hermano, está mal!

Edmundo: (*Sacando un pañuelo*). Amarre luego aquí, Pastor, que parece que Dios está con los de afuera.

Samuel: ¡Desdichado aquél que derrame la sangre de su hermano! ¡Detenga esto, forastero, ellos quemarán la casa!

Floridor: (*Desde afuera*). ¡Por última vez, ríndanse! (*Se escucha un grito afuera por foro*).

Rosalba: (*Con sangre fría*). Uno menos, le di en la cabeza.

Samuel: (*Mira a Rosalba y al Forastero con desesperación*). Ud. habrá de responder ante el Señor, nos está convirtiendo a todos en asesinos.

Mariana: ¡Hermano Pastor, venga aquí!

Edmundo: (*Recostándose nuevamente junto a la puerta para disparar*). Vaya, don. Allí no se sentirá tan pecador.

Ramiro: ¡La Luna los tiene al descubierto! (*Dispara. Se oye una maldición*). Le di al de la leñera.

A los pocos minutos aparece la enferma envuelta en una bandera chilena, apoyada por el Pastor. Todos los tiradores, estupefactos, se ponen de pie cesando el fuego.

Mariana: (*Ordena*). ¡Abran esa puerta!

Rosalba: ¡Mamita! (*Corriendo hacia ella*).

Mariana: ¡Abran esa puerta!

Mariana: ¡Mamá, qué vas hacer! ¡Te van a matar! (*Trata de detenerla*).

Mariana: (*Desprendiéndose*). ¡Respeto han de tener a esta bandera! (*Sale y se planta en el umbral*). ¡Disparen contra una mujer! ¡Atrévanse! (*Cesan los disparos, larga pausa*). ¡Disparen contra un hijo de Aysén! ¡Disparen contra Chile!

Larga pausa y denso silencio. Mariana vacila sobre sus pies. Rosalba y Alfredo corren a socorrerla.

Floridor: (*Desde afuera*). ¡Me las pagarán, carajo! ¡Me las pagarán! Y a ti, Coloma, en el norte sabrán arreglarte las cuentas por alzarle contra la Autoidad, por no cumplir con tu deber.

Mariana y Rosalba se han retirado. Rosalba regresa y se desliza por foro y lateral derecho hasta corbata, mientras Alfredo habla hacia afuera con voz tranquila que se va haciendo cada vez más fuerte y apasionada.

Alfredo: ¡Haga como quiera, cabo! ¡Ya no vuelvo al Norte, yo me quedo aquí en Aysén para defender esta tierra y hacerla producir, me quedo con los hombres y mujeres de esta tierra de nieve y sangre porque soy un hombre justo y aquí hay que hacer Justicia! ¡Yo me quedo en Aysén porque aquí está el futuro de la Patria!

El Pastor, que ha llevado a Mariana a su lecho, regresa. Afuera se escuchan pasos que se alejan. Alfredo gira y encuentra la mirada de Rosalba, se miran largamente. Rosalba empieza a acercarse a él. Repentinamente ambos corren y se abrazan. Edmundo los mira entre socarrón y triste, avanza y coge sus pilchas, se dirige a la puerta y se vuelve.

Ramiro: (*Saltando jubiloso*). ¡Se van!

Samuel: (*En un suspiro*). ¡Se van!

Edmundo: ¡Que sea feliz en esta tierra, amigo, que estos pagos le den prosperidad y descendencia! Se lo merece Ud., porque es un hombre que sabe echar raíces. Yo soy un forastero en todas partes y por eso me voy. Que tengan buen pasar.

Apagón.

Baja el telón.